

X

El amanecer

El viajero se había levantado muy de mañana para dirigir una mirada al coche é informarse de la salud de Althotas.

Todo el mundo dormía aun en el castillo, excepto Gilberto, que oculto detrás de la puerta de un cuarto que habitaba en la puerta de entrada, había seguido curiosamente las maniobras de Bálamo é interrogado todos sus pasos.

Pero Bálamo se había retirado, cerrando la puerta del cuarto contiguo de Althotas, y se halló lejos antes que Gilberto hubiese puesto el pie en la calle de árboles.

En efecto, al volver á subir Bálamo hacia el bosquecillo, se sorprendió del cambio que la luz del día producía en el cuadro que en la víspera le había parecido tan sombrío.

El pequeño castillo blanco y rojó, pues estaba hecho de piedras y ladrillos, se hallaba coronado de un bosque de sicomoros y ébanos inmensos, cuyos ramajes perfumados caían sobre su techo y ceñían los pabellones como coronas de oro.

Enfrente, sobre el parterre, un estanque de 30 pasos cuadrados, ceñido de césped y de una ancha hilera de saúcos, formaba un delicioso reposo para la vista fatigada por este lado, á causa de la altura de los castaños y de los álamos del camino.

A cada lado de los pabellones subía hasta un frondoso bosquecillo, asilo de multitud de pájaros, cuyo concierto matinal se oía desde el castillo, subía, decimos, una ancha calle de arces, de plátanos y de kilos. Bálamo tomó el sendero de la izquierda, y al cabo de uno 20 pasos se halló en una verde espesura, cuyas rosas y jeringuillas, mojadas la víspera por la lluvia de la tempestad, exhalaban perfumes deliciosos. Por debajo de los ligustros penetraban las madre selvas y los jazmines, y una larga calle de lirios entremezclados de fresales se perdía bajo un bosque en el que formaban mil caprichosos laberintos los cambrones en flor y las enredaderas.

Bálamo llegó así hasta la parte culminante del terreno, y allí vió las ruinas majestuosas todavía de un castillo construido en sílex, descollando sobre la mitad de una torre en medio de un enorme montón de piedras, sobre las cuales serpenteaban grandes guirnaldas de hiedra y de dulzamoros, esos salvajes hijos de la destrucción que la naturaleza ha colocado sobre las ruinas para indicar al hombre que también las ruinas son fecundas.

Considerando así el dominio de Taverney, limitado á siete ú ocho fanegas de tierra, no carecía de dignidad ni de gracia. La casa parecía á esas cavernas cuya entrada embellece la naturaleza con sus flores, sus enredaderas, y caprichosa fantasía de sus grupos de rocas, pero cuya desnudez exterior espanta y ahuyenta al viajero extraviado, que pide á esas rocas un asilo para la noche.

Al volver Bálamo de su paseo por entre las ruinas, vió al barón, amortajada su delgada persona en su gran bata de indiana, salir de la casa por una puerta lateral que daba á la escalera, y recorrer el jardín, limpiando sus rosas y aplastando con su pie los caracoles.

Bálsamo corrió á su encuentro.

— Señor, dijo con una política tanto más estudiada, cuanto que había sondeado de antemano la pobreza de su huésped, permitidme que os presente mis excusas al mismo tiempo que mis respetos. Hubiera debido esperar que despertaseis para bajar, pero el golpe de vista de Taverney me ha seducido desde mi ventana, y he querido ver de cerca este hermoso jardín y estas ruinas importantes.

— En efecto, señor, las ruinas son muy bellas, respondió el barón después de haber devuelto sus cumplidos á Bálsamo; es lo único bueno que hay aquí.

— ¿Era esto un castillo? preguntó el viajero.

— Sí; era el mío, ó más bien, el de mis antepasados, se llamaba Casa-Roja, y por mucho tiempo hemos llevado este nombre con el de Taverney. La baronía es también la de Casa-Roja. Pero, mi querido huésped, no hablemos ya de lo que no es.

Bálsamo se inclinó en señal de consentimiento.

— Y por mi parte, señor, quería, continuó el barón, daros mis excusas. Mi casa es pobre y así os lo había advertido.

— Me encuentro en ella admirablemente bien, señor.

— Una pocilga, mi querido huésped, una pocilga, dijo el barón, un nido á que las ratas principian á tomar cariño, desde que las zorras, los lagartos y las culebras las han echado del otro castillo. ¡Ah pardiez! continuó el barón, vos, que sois mago ó poco menos, deberíais levantar con vuestra varita el viejo castillo de Casa-Roja, y no olvidar sobre todo las mil fanegas de prados y bosques que formaban su circuito. Pero apuesto á que en lugar de pensar en eso habéis tenido la política de dormir en una execrable cama.

— ¡Oh! señor.

— Á un lado los cumplimientos, mi querido hués-

ped; la cama es execrable, lo conozco, es la de mi hijo.

— Os juro, señor barón, que tal como es la cama me ha parecido excelente. De todos modos, estoy confundido por vuestra excesiva bondad hacia mí, y quisiera con todo mi corazón probároslo, haciéndoos un servicio cualquiera.

El viejo, que continuaba burlándose, replicó:

— Pues bien, le dijo mostrándole La Brie que le traía un vaso de agua pura en un magnífico plato de Sajonia: se os presenta la ocasión, señor; haced por mí lo que nuestro Señor hizo en la boda de Caná; trocad esa agua en vino, pero en vino de Borgoña á lo menos, en Chambertin, por ejemplo, y me haréis en este momento el mayor servicio que pudierais hacerme.

Bálsamo se sonrió, y atribuyendo el viejo la sonrisa á una negativa, cogió el vaso y bebió su contenido de un trago.

— Excelente específico, dijo Bálsamo. El agua es el más noble de los elementos, barón, puesto que sobre ella fijó Dios su espíritu antes de la creación del mundo. Nada resiste á su acción, horada la piedra, ¿y quién sabe si algún día se verá que disuelve el diamante?

— Pues bien, el agua me disolverá, dijo el barón; ¿queréis beber conmigo, mi querido huésped? Ella tiene sobre mi vino la ventaja de ser un excelente digestivo; ¡oh! todavía queda: no es como mi marraquino.

— Si hubieseis añadido á vuestro vaso otro para mí, querido huésped, acaso hubiera sacado de esta política un medio de seros útil.

— Bueno, explicadme eso; ¿es tiempo todavía?

— ¡Oh Dios mío! sí. Mandad á ese buen hombre que me traiga un vaso de agua muy pura.

— ¡ La Brie ! oye, dijo el barón.

La Brie partió con su actividad ordinaria.

— ¡ Cómo ! dijo el barón volviéndose hacia su huésped, ¿ será posible que el vaso de agua que bebo todas las mañanas contenga propiedades ó secretos que yo no sospechaba ? ¿ Cómo, habré hecho de diez años á esta parte cosas pertenecientes á la alquimia, del mismo modo que M. Jourdain hacia prosa, sin saberlo ?

— Ignoro lo que habéis hecho, contestó gravemente Bálamo, pero sé lo que yo hago.

Volviéndose en seguida hacia La Brie, que había desempeñado su cometido con rapidez milagrosa, dijo :

— Gracias, mi buen servidor.

Y cogiendo el vaso en sus manos lo levantó á la altura de sus ojos y consultó el contenido del cristal, sobre el cual la luz del día hacia los variados colores del arco iris.

— Es muy hermoso lo que se ve en un vaso de agua, ¿ no es verdad ? dijo el barón. ¡ Diablo !

— En efecto, señor barón, respondió el forastero; hoy á lo menos es muy hermoso.

Y Bálamo redoblaba su atención, mientras el barón á pesar suyo le seguía con los ojos, y La Brie, embobado, continuaba presentándole su plato.

— ¿ Qué veis ahí, mi querido huésped ? continuó el barón en tono de burla. En verdad que no puedo contener ya mi impaciencia. ¿ Una herencia para mí ? ¿ Un nuevo Casa-Roja para reponer un poco mis pequeños negocios ?

— Veo aquí la invitación que voy á transmitirlos para que estéis prevenido.

— ¿ De veras ? ¿ Debo ser atacado ?

— No, debéis recibir esta misma mañana una visita.

— Entonces habréis dado cita á alguno en mi casa. Habéis hecho mal, muy mal, pues os advierto que acaso no hay perdigones esta mañana.

— Lo que tengo el honor de deciros es serio, mi querido barón, replicó Bálamo, y de la más alta importancia; alguien se encamina en este momento hacia Taverney.

— ¡ Por qué casualidad, Dios mío ! ¿ Y qué especie de visita ? instruidme, mi querido huésped, yo os lo suplico. Pues os confieso que toda visita es importuna para mí; ya lo habréis conocido por el recibimiento algo frío que os he hecho. Hablad, mi querido hechicero, hablad con precisión si podéis.

— No solamente puedo, sino que debo decir, para que no tengáis que agradecerme demasiado, que me es sumamente fácil.

Y Bálamo volvió á fijar su ojo escrutador sobre la capa de ópalo que ondulaba en el vaso.

— ¡ Y qué ! ¿ veis ? preguntó el barón.

— Perfectamente.

— Entonces, hablad.

— Veo venir una persona de alta condición.

— ¡ Bah ! ¿ de veras ? ¿ y esa persona viene así, sin ser convidada por nadie ?

— Se ha convidado á sí misma. Es conducida por vuestro hijo.

— ¿ Por Felipe ?

— Por él mismo.

Aquí el barón fué acometido de un acceso de hilaridad poco agradable para el hechicero.

— ¡ Ah ! ah ! conducida por mi hijo !... ¿ decís que esta persona es conducida por mi hijo ?

— Sí, barón.

— ¿ Luego conocéis á mi hijo ?

— Absolutamente.

— ¿Y en dónde está ahora?

— A media legua, ó acaso á un cuarto de legua.

— ¿De aquí?

— Sí.

— Amigo mío, mi hijo está en Estrasburgo, donde se halla de guarnición, y á no ser que se exponga á ser declarado desertor, lo que no hará, os lo juro no puede conducir á nadie.

— Sin embargo, os conduce á una persona, dijo Bálamo consultando siempre su vaso de agua.

— Y esa persona, preguntó el barón, ¿es hombre ó mujer?

— Es una dama, barón, y muy principal. ¡ Ah! oíd una cosa particular, extraña!

— ¿Importante? preguntó el barón.

— También.

— En ese caso, acabad.

— Haríais bien en alejar á vuestra camarera, á esa bribonzuela, como la llamáis, que tiene cuerno en la punta de los dedos.

— ¿Y por qué motivo he de alejarla?

— Porque Nicole Legay tiene en su rostro algunas facciones de la persona que va á venir aquí.

— Y decís que es una dama principal la que se parece á Nicole; ¿no veis que esto es una contradicción?

— No hay tal contradicción. Una vez compré una esclava que se parecía de tal modo á la reina Cleopatra, que se trató de conducirla á Roma para hacerla figurar en el triunfo de Octavio.

— Bueno; he ahí lo que os condena, dijo el barón.

— En fin, haced lo que gustéis de lo que os digo, mi querido huésped, pues ya comprenderéis que la cosa no me interesa á mí, sino á vos solamente.

— ¿Pero en qué puede ofender á la persona esa semejanza de Nicole?

— Suponed que sois rey de Francia, lo que no os deseo, ó Delfin, lo que os deseo mucho menos: ¿os gustaría, al entrar en una casa, hallar en el número de los criados de ella un retrato de vuestra augusta fisonomía?

— ¡ Ah! diablo, dijo el barón, he ahí un dilema de los más fuertes: ¿y qué resultaría de lo que decís?....

— Que la muy alta y muy poderosa señora que va á venir, se alegraría muy poco de ver su imagen viva con saya corta y pañoleta de algodón.

— ¡ Pues bien! dijo el barón siempre riendo, pensaremos en ello cuando sea necesario. Pero mirad; en todo eso lo que más me regocija es mi hijo. Ese querido Felipe á quien una feliz casualidad va á traernos sin gritar siquiera: ¡ Agua va!

Y el barón se puso á reír con más fuerza.

— Según eso, dijo gravemente Bálamo, ¿mi predicción os causa placer? tanto mejor, á fe mía; pero en vuestro lugar, barón...

— ¿Qué haríais en mi lugar?

— Daría algunas órdenes, tomaría algunas disposiciones...

— ¿De veras?

— Sí.

— Pensaré en ello, querido huésped, pensaré en ello.

— Si es que os queda tiempo.

— ¿Me decís eso seriamente?

— No se puede decir más seriamente, barón; porque si queréis recibir dignamente á la persona que os hace el favor de visitaros, no debéis perder ni un minuto.

El barón meneó la cabeza.

— Creo que dadáis, dijo Bálamo.

— Pardiez, mi querido huésped, confieso que tenéis

que habéros las con un incrédulo muy empedernido...

En este momento el barón se dirigió hacia el lado del pabellón de su hija á participarle la predicción de su huésped, gritando :

— ¡ Andrea, Andrea !

Hemos dicho cómo la joven respondió á la invitación de su padre, y cómo la mirada fascinadora de Bálamo la atrajo á pesar suyo cerca de la ventana.

Nicole estaba allí mirando con asombro á La Brie, que le hacía señas que ella procuraba descifrar.

— Es sumamente difícil de comprender, repetía el barón, y á menos que no vea...

— Entonces, puesto que necesitáis absolutamente ver, volveos, dijo Bálamo alargando la mano hacia el camino al fin del cual galopaba á toda brida un jinete, cuyo caballo hacía resonar la tierra bajo sus cascos.

— ¡ Oh, oh ! exclamó el barón, allí viene en efecto...

— ¡ El señorito Felipe ! dijo Nicole empuñándose sobre la punta de sus pies.

— ¡ Nuestro joven amo ! exclamó La Brie con un gruñido de alegría...

— ¡ Mi hermano ! ¡ mi hermano ! exclamó Andrea, sacando los dos brazos por la ventana.

— ¿ Será por casualidad vuestro hijo, querido barón ? preguntó Bálamo con aire de indiferencia.

— Sí, ¡ pardiez ! sí, es él mismo, contestó el barón estupefacto.

— Esto es un principio, dijo Bálamo.

— No hay duda, sois un adivino, dijo el barón.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del forastero.

El caballo aparecía cada vez mayor, y pronto se le vió, bañado de sudor y rodeado de un vapor húmedo, atravesar las últimas hileras de árboles, y todavía corría cuando un joven oficial de mediana estatura,

cubierto de lodo y animado el rostro por la rapidez de su carrera, saltaba de su corcel y venia á abrazar á su padre.

— ¡ Cáspita ! decía el conde conmovido en sus principios de incredulidad. ¡ Cáspita !

— Sí, padre mío, decía Felipe viendo en la fisonomía del viejo un resto de duda : yo soy, yo mismo.

— Sin duda eres tú, respondió el barón, bien lo veo; ¿ pero por qué casualidad eres tú ?

— Padre mío, dijo Felipe, un grande honor está reservado á nuestra casa.

El anciano levantó la cabeza.

— Una visita ilustre se dirige hacia Taverney, dentro de una hora estará aquí María Antonieta Josefa, archiduquesa de Austria y Delfina de Francia.

El barón dejó caer sus brazos con tanta humildad, como sarcasmo é ironía había mostrado, y volviéndose hacia Bálamo, le dijo :

— Perdonad.

— Señor, dijo Bálamo saludando á Taverney, os dejo con vuestro hijo pues hace mucho tiempo que no os veis, y debéis tener mil cosas que contaros.

Y Bálamo, después de haber saludado á Andrea, que, alegre con la llegada de su hermano, se precipitaba á su encuentro, se retiró haciendo una seña á Nicole y á La Brie, quienes sin duda la comprendieron, porque le siguieron y desaparecieron debajo los árboles del camino.

Felipe de Taverney

Felipe de Taverney, caballero de Casa-Roja, no se parecía á su hermana, aunque era como hombre tan hermoso, cual hermosa era ella como mujer. En efecto, ojos de una expresión dulce y altiva, un corte de cara perfecto, admirables manos, un pie de mujer y el talle más bien formado del mundo, le hacían un apuesto caballero.

Como todos los espíritus distinguidos que se encuentran mortificados en la vida, tal como la hace para ellos la sociedad, Felipe estaba triste sin ser sombrío, y tal vez á esta misma tristeza debía su dulzura, porque sin esta tristeza accidental, hubiera sido naturalmente imperioso, soberbio y poco comunicativo. La necesidad de vivir con todos los pobres, sus iguales de hecho, como con todos los ricos, sus iguales de derecho, dulcificaba una naturaleza que el cielo había creado ruda, dominadora y susceptible; siempre hay algo de desdén en la mansedumbre del león.

Felipe había abrazado apenas á su padre, cuando Andrea, arrancada de su entorpecimiento magnético por el sacudimiento de aquel feliz suceso, vino, como ya hemos dicho, á arrojarle al cuello de su hermano.

Esta acción fué acompañada de sollozos que revelaban toda la importancia que daba á esta reunión el corazón de la casta niña.

Felipe tomó la mano de Andrea y la de su padre, y condujo á los dos al salón donde se encontraron solos.

— Sois incrédulo, padre mío, y tú, hermana, estás sorprendida, dijo, después de haberlos hecho sentar á los dos á su lado. Sin embargo, nada es más cierto; dentro de pocos instantes, la Delfina se hallará en nuestra pobre morada.

— Es menester impedirlo á toda costa; ¡ voto á eribas! exclamó el barón, ¡ la Delfina en mi casa! Si aconteciese semejante cosa, quedaríamos deshonorados para siempre. Si viene la Delfina á buscar en esta casa un retazo de la nobleza de Francia, la compadezco; sí, la compadezco. Pero, ¿ por qué casualidad, dime, ha escogido precisamente mi casa?

— ¡ Oh! es toda una historia, padre mío.

— ¡ Una historia! repitió Andrea, cuéntanosla.

— Sí, que hará que bendigan á Dios los que hayan podido olvidar que es nuestro salvador y nuestro padre.

El barón alargó los labios como hombre que duda de que el árbitro soberano del hombre y de las cosas se haya dignado dirigir los ojos hacia él y mezclarse en sus asuntos.

Viendo Andrea que Felipe estaba contento, no dudaba de nada y le estrechaba la mano para darle gracias por la buena nueva que traía y por la felicidad que al parecer experimentaba, murmurando: ¡ Hermano mío! ¡ mi querido hermano!

— Hermano mío, mi querido hermano, repitió el barón, ¡ pardiez! mi hija se muestra al parecer satisfecha de lo que nos sucede.

— ¿ Pero no veis, padre mío, que Felipe se muestra contento?

— Porque Felipe es un entusiasta; pero yo que, por fortuna ó desgraciadamente, peso las cosas, dijo

Taverney dirigiendo una mirada triste á los muebles de su salón, no veo en todo esto motivo alguno para alegrarse.

— Dentro de un momento juzgaréis de otra manera, padre mío, dijo el joven, cuando os cuente lo que me ha sucedido.

— Pues bien, habla, dijo gruñendo el viejo.

— Sí, habla Felipe, dijo Andrea.

— Como sabéis, estaba de guarnición en Estrasburgo.

Ya recordaréis que por esta ciudad hizo su entrada la reina.

— ¿Por ventura se sabe nada en esta cueva? dijo Taverney.

— Dices, pues, querido hermano, que por Estrasburgo había entrado la reina...

— Sí, esperábamos desde por la mañana en el glacis; llovía á cántaros y nuestros uniformes estaban chorreando agua. No se sabía á punto fijo la hora positiva en que debía llegar la Delfina. Mi mayor me envió de explorador, para que saliera al encuentro del cortejo. Anduve una legua poco más ó menos; de repente, al volver un camino, me hallé frente á frente con los primeros soldados de la escolta. Hablé con ellos algunas palabras; venía delante S. A. R., que asomó la cabeza por la portezuela y preguntó quién era yo. Creo que me llamaron, pero como tenía prisa por llevar una respuesta fija al que me había enviado, había ya partido al galope. La fatiga de una facción de seis horas había desaparecido como por encanto.

— ¿Y la Delfina? preguntó Andrea.

— Es joven como tú, y bella como todos los ángeles, contestó el caballero.

— Dime, Felipe... dijo el barón vacilando.

— ¿Qué, padre mío?

— ¿No se parece la Delfina á alguna persona que tú conoces?

— ¿Que yo conozco?

— Sí.

— Nadie puede parecerse á la Delfina, exclamó el joven con entusiasmo.

— Recuerda.

Felipe meditó.

— No, dijo.

— Veamos.....

— Á Nicole, por ejemplo.

— ¡Oh! es extraño, exclamó Felipe sorprendido. Sí, Nicole, en efecto, tiene alguna semejanza con la ilustre viajera; pero está tan distante de ella, tan inferior á ella... ¿pero cómo sabéis eso, padre mío?

— Lo sé por un hechicero.

— ¿Por un hechicero? dijo Felipe admirado.

— Sí, el cual me había predicho también tu venida.

— ¿El huésped? preguntó tímidamente Andrea.

— ¿Es ese hombre que estaba á vuestro lado cuando yo llegué, y se retiró discretamente al aproximarme?

— Precisamente; pero acaba, Felipe, acaba tu relación.

— Acaso sería mejor hacer algunos preparativos, dijo Andrea.

Pero el barón la retuvo con la mano.

— Cuantos más preparativos hagamos, más ridículos apareceremos, dijo. Prosigue, Felipe, prosigue.

— Voy á hacerlo, padre mío. Volví, pues, á Estrasburgo á dar cuenta del resultado de mi misión; avisaron al gobernador M. de Stainville, que se presentó al momento.

Al llegar el gobernador al glacis empezó á aparecer el cortejo, y nosotros corrimos á la puerta de Kehl. Yo estaba al lado del gobernador.

— ¡M. de Stainville! dijo el barón; pero, aguarda; he conocido á un Stainville.

— Cuñado del ministro, de M. de Choiseul.

— Eso es; continúa, continúa, dijo el barón.

— La Delfina, que es joven, gusta sin duda de las fisonomías jóvenes, pues escuchó muy distraída los cumplimientos del gobernador, y fijando los ojos en mí, que me había quedado atrás por respeto, preguntó:

— ¿No es ese joven el que ha salido á mi encuentro?

— Si, señora, contestó M. de Stainville.

— Acercaos, me dijo.

Yo me aproximé.

— ¿Cómo os llamáis? preguntó la Delfina con voz encantadora.

— El caballero de Taverney Casa-Roja, contesté balbuceando.

— Apuntad ese nombre, querida, dijo la Delfina, dirigiéndose á una dama vieja, que después he sabido ser la condesa de Langershausen, su aya, y que escribió efectivamente mi nombre en su libro de memorias.

En seguida, volviéndose hacia mí, dijo:

— ¡Ah, señor, en qué estado os ha puesto este tiempo horroroso! Á la verdad que siento haber sido la causa de las molestias que habéis sufrido.

— ¡Qué buena es la Delfina, y qué palabras tan encantadoras! exclamó Andrea juntando las manos.

— Así, las he retenido todas en la memoria, dijo Felipe, con la entonación y gesto que las acompañaban.

— ¡Muy bien, muy bien! murmuró el barón con una sonrisa singular, en la que podía leerse á la vez la fatuidad paternal y la mala opinión que tenía de las mujeres, y aun de las reinas. Bien, continúa, Felipe.

— ¿Qué contestaste? preguntó Andrea.

— Nada contesté; hice una profunda reverencia, y pasó la Delfina.

— ¡Cómo! ¿nada contestaste? exclamó el barón.

— Me faltaba la voz, padre mío. Toda mi vida se había retirado á mi corazón, que sentía latir con violencia.

— No me sucedió eso á mí cuando, teniendo la misma edad que tú, fui presentado á la princesa Leczinska.

— Porque tenéis mucho más espíritu que yo, contestó Felipe inclinándose.

Andrea le estrechó la mano.

— Aproveché la partida de S. A., continuó Felipe, para volver á mi alojamiento y mudarme de ropa, pues la que llevaba puesta estaba lastimosamente mojada y llena de lodo.

— ¡Pobre hermano! murmuró Andrea.

— Entretanto, continuó Felipe, la Delfina había llegado al palacio de la ciudad y recibía las felicitaciones de sus habitantes. Concluidas éstas, vinieron á avisarla que estaba servida la comida, y se sentó á la mesa.

Uno de mis amigos, el mayor del regimiento, el mismo que me había enviado á recibir á S. A., me ha asegurado que la princesa miró muchas veces á su alrededor, como buscando á alguien entre las filas de oficiales que asistían á su comida.

— No veo, dijo S. A. después de una investigación semejante, renovada inútilmente por dos ó tres veces, no veo al joven oficial que salió á recibirme esta mañana. ¿No le han dicho que deseaba darle las gracias?

El mayor, adelantándose hacia la Delfina, dijo:

— Señora, el oficial Taverney, por quien pregun-

táis, ha ido á mudarse de ropa para presentarse á V. A. de una manera más conveniente.

Un instante después entré en la sala, y no habían pasado cinco minutos cuando me vió la Delfina, y haciendo una seña para que me aproximara, me dijo :

— ¿ Tendríais alguna repugnancia en seguirme á París ?

— ¡ Oh, señora ! exclamé, todo lo contrario, sería para mí una felicidad, pero estoy de guarnición en Estrasburgo, y.....

— ¿ Y qué ?.....

— Quiero deciros, señora, que sólo mi deseo me pertenece.

— ¿ Pues de quién dependéis ?

— Del gobernador militar.

— Bien... yo arreglaré eso con él.

Hízome una seña con la mano, y me retiré.

Por la noche se acercó al gobernador, y le dijo :

— Señor gobernador, tengo un capricho que satisfacer.

— Decid ese capricho y será una orden para mí, señora.

— He hecho mal en decir un capricho que satisfacer; debiera haber dicho un voto que cumplir.

— No por eso será menos sagrado para mí vuestro mandato... Hablad, señora.

— Pues bien, he hecho voto de agregar á mi servicio al primer francés, cualquiera que fuera, que encontrase al poner el pie en el territorio de Francia, y hacer su felicidad y la de su familia, si es que está en poder de los príncipes hacer la felicidad de nadie.

— Los príncipes son los representantes de Dios sobre la tierra. ¿ Y cuál es la persona que ha tenido la felicidad de ser la primera á quien haya encontrado V. A. ?

— M. de Taverney Casa-Roja, el joven oficial que vino á avisaros mi llegada.

— Señora, vamos á estar todos celosos de M. de Taverney, dijo el gobernador; pero no turbaremos la felicidad que le está reservada; una consigna le retiene, pero nosotros alzaremos esa consigna; un compromiso le liga, pero nosotros romperemos ese compromiso, y partirá al mismo tiempo que V. A. R.

En efecto, el mismo día en que S. A. dejaba á Estrasburgo, recibí la orden de montar á caballo y acompañarla. Desde aquel momento no me he separado de la portezuela de su coche.

— ¡ Hola ! ¡ hola ! exclamó el barón con su misma sonrisa; eso sería singular, pero no es imposible.

— ¿ Cómo, padre mío ? dijo cordialmente el joven.

— ¡ Oh ! yo me entiendo, dijo el barón, yo me entiendo.

— Pero, querido hermano, dijo Andrea, no veo todavía cómo en medio de todo esto ha podido la Delfina venir á Taverney.

— Escucha; llegamos ayer noche hacia las once á Nancy, y al atravesar la ciudad con antorchas me llamó la Delfina y me dijo :

— Señor de Taverney, haced que la escolta vaya más ligera.

Hice seña que la Delfina deseaba ir más de prisa.

— Quiero marchar mañana muy temprano, añadió la Delfina.

— ¿ Desea V. A. hacer mañana la jornada larga ? pregunté.

— No : pero deseo detenerme en el camino.

Al oír estas palabras turbó mi corazón cierto presentimiento.

— ¿ En el camino ? repetí.

— Sí, dijo S. A. R.

Yo me callé.

— ¿No adivináis dónde quiero detenerme? preguntó sonriendo.

— No, señora.

— Quiero detenerme en Taverney.

— ¿Podría saber, exclamé, el motivo de tan señalada honra?

— Quiero ver á vuestro padre y á vuestra hermana.

— ¿Mi padre! ¡mi hermana!... ¿cómo sabe V. A. R?....

— Me he informado, dijo, y he sabido que habitaban á doscientos pasos del camino que seguimos. Daréis la orden de parar en Taverney.

Un sudor frío bañó mi frente, y me apresuré á decir á S. A. R. con un temor que comprendéis:

— Señora, la casa de mi padre no es digna de recibir á tan gran princesa como vos.

— ¿Por qué? preguntó S. A. R.

— Somos pobres, señora.

— Tanto mejor, dijo: así será la acogida más cordial y sencilla. Por pobre que sea la morada de Taverney, habrá en ella una taza de leche para una amiga que desea olvidar por un instante que es archiduquesa de Austria y Delfina de Francia.

— ¡Oh! señora, respondí únicamente haciendo una reverencia, porque el respeto me impedía decir más.

Yo esperaba que S. A. R. olvidaría este proyecto ó que se disiparía su capricho con el aire fresco del camino; pero nada menos que eso; en la parada de Pont-á-Mousson, me preguntó S. A. si nos aproximábamos á Taverney, y yo me ví obligado á contestar que solo estábamos á tres leguas de distancia.

— ¡Torpe! exclamó el barón.

— ¡Ay! se hubiera dicho que la Delfina adivinaba mi turbación. « Nada temáis, me dijo, mi estancia no

será larga; pero puesto que me amenazáis con un recibimiento que me hará sufrir, quedaremos pagos, pues yo también os he hecho sufrir á mi entrada en Estrasburgo. » ¿Cómo resistir á tan encantadoras palabras? decid, padre mío.

— ¡Oh! era imposible, dijo Andrea, y S. A. R., tan buena, según parece, se contentará con mis flores y con una taza de leche, como ella ha dicho.

— Sí, pero no se contentará con mis sillones, que le romperán los huesos, ni con mis artesanos, que le entristecerán la vista. No dejará de estar bien gobernada la Francia por una mujer que tiene semejantes caprichos. ¡Diablo! ¡he aquí la aurora de un singular reinado!

— ¡Oh! padre mío, ¿podéis decir semejantes cosas de una princesa que nos colma de honores?

— Que me deshonorá más bien, exclamó el viejo. ¿Quién piensa en este momento en los Taverney? Nadie. El nombre de la familia duerme bajo las ruinas de la Casa-Roja, y yo esperaba que no saldría de ellas sino de cierta manera y cuando llegara el momento oportuno, ¡pero necio de mí! hice mal en esperar; un capricho de niño va á resucitarlo empañado, empolvado, mezquino y miserable, y las gacetas que están al acecho de todo lo que es ridículo, para sacar de ello el escándalo de que viven, van á consignar en sus sucias páginas la visita de una gran princesa al zaquizamí de Taverney. ¡Cáspita! ¡tengo una idea!

El barón pronunció estas palabras de una manera que hizo temblar á los dos jóvenes.

— ¿Qué queréis decir, padre mío? preguntó Felipe.

— Digo, añadió el barón, que uno sabe su historia, y que si el duque de Medina incendió su palacio para abrasar á una reina, bien puedo yo quemar una casu-

cha para dispensarme de recibir á una Delfina; dejad llegar la princesa.

Los dos jóvenes no habían oído más que las dos últimas palabras y se miraron con inquietud.

— Dejadla llegar, repitió Taverney.

— No puede tardar, señor, respondió Felipe. He tomado el atajo por los bosques de Pierrefitte para adelantarme algunos minutos á la comitiva; pero no puede estar ya lejos.

— En ese caso, no hay que perder tiempo, dijo el barón.

Y ágil como si hubiera tenido veinte años, salió del salón, corrió á la cocina, cogió del hogar un tizón encendido, y corriendo á las trojes llenas de paja seca, mielgas y habichuelas, lo aproximaba ya á los montones y haces que allí había, cuando se apareció de repente Bálamo por detrás de él y le cogió el brazo.

— ¿Qué vais á hacer? dijo arrancando el tizón de manos del anciano; la archiduquesa de Austria no es un condestable de Borbón, cuya presencia deshonre una casa hasta el punto que sea preciso quemarla antes que dejarla poner un pie en ella.

El viejo se detuvo pálido, trémulo y no sonriendo como de costumbre. Preciso le fué reunir todas sus fuerzas para adoptar en provecho de su honor, á lo menos según lo entendía, una resolución que hacía de una medianía todavía soportable, una miseria completa.

— Id, señor, id, continuó Bálamo; no tenéis tiempo sino para quitaros esa bata y vestiros de una manera conveniente. Cuando conocí en el sitio de Philipsburgo al barón de Taverney, era gran cruz de San Luis. No sé que haya uniforme que no sea rico y elegante bajo semejante condecoración.

— Pero, señor, replicó Taverney, la Delfina va á

ver lo que yo no quería mostrar ni aun á vos mismo; que soy desgraciado.

— Tranquilizaos, barón, se la ocupará de manera que no observe si vuestra casa es nueva ó vieja, pobre ó rica. Sed hospitalario, señor, es vuestro deber como caballero. ¿Qué harán los enemigos de S. A. R., y los tiene en crecido número, si los amigos queman sus castillos para no recibirla bajo su techo? No anticipemos los malès, señor; cada cosa tendrá su turno.

M. de Taverney obedeció con esa resignación de que ya había dado prueba en una ocasión, y fué á incorporarse con sus hijos, que, inquietos por su ausencia, le buscaban por todas partes.

Por lo que hace á Bálamo, se retiró silenciosamente como para acabar una obra comenzada.